

ra, cuando se oyó una voz, dulcísima, como de un niño, que le decía: Yo siempre os guardaré.—Señor, continuó la Santa, defended también á la noble ciudad que por vuestro amor, nos da el alimento. Y la voz contestó: Sufrirá la ciudad; más gracias á tus ruegos, quedará libre. Después de esto, Santa Clara tomó el relicario con la Divina Eucaristía y lo mostró á los sarracenos, los cuales al verlo, cayeron precipitados de lo alto, y huyeron dejando libre el convento.

La ventana de que hemos hablado, actualmente se halla mudada, y corresponde á la pieza donde murió la santa; pieza que hoy es un pequeño oratorio.

En la sacristía, se vé un nicho en la pared; allí se ocultó San Francisco, de la ira de su padre que venia en pos de él, para castigarlo. Junto á ese nicho en el cual entré, hállase un cuadro que recuerda el pasaje histórico de que hablamos. Esta sacristía, muy pequeña y pobre, era el coro de las clarisas, y está como en tiempo de la fundadora: vi en él, la nómina de las monjas que existían cuando vivía Santa Clara.

Consérvase también, en el convento contiguo á la Iglesia, y que ahora tienen los franciscanos, el refectorio de las clarisas, y en él, una pequeña alacena de donde en una ocasión que faltaba aceite, mandó Santa Clara, á una de sus monjas, que lo sacase, y Dios Nuestro Señor fué servido de socorrer maravillosamente la necesidad de sus esposas, encontrándose el aceite con gran sorpresa de las monjas que sabían muy bien que nada había en aquella alacena.—Esta iglesia y el

convento, son propiedad de un inglés católico, que lo ha cedido á los franciscanos.

CAPITULO VII.

Continuacion del anterior.—Contento de las cárceles.—Impresiones.—Vida de los santos.—Ribortorto y Porciúncula.—La zarza de San Francisco.—Su retrato.—Historia de la indulgencia de Porciúncula

*
* *

Cerca de Asís hay un ermitorio pintoresco, que se llama el Convento de las Cárcels, colocado, como nido de águila, en los flancos del Subasio, y oculto en los pliegues de la montaña: este ermitorio con su bosque de verdes encinos, sus quebradas profundas, y sus cabernas talladas en las rocas, era muy del gusto de San Francisco, que con frecuencia venia á visitarlo; y aquí, como laboriosa y diligente aveja, recogía de las flores del cielo, durante su oración, un abundante jugo, con el cual formaba deliciosa miel, dándola en seguida á las almas inflamadas en el amor divino. (1)

Este convento ha sido santificado con las virtudes de innumerables santos franciscanos; fuimos á visitarlo, haciendo nuestro viaje en burro, y durando el camino

(1) M. de Lisboa. Crónicas.

poco más de una hora; desde la salida de Asís, hasta las cárceles, se sube por una suave pendiente, que no fatiga ni molesta: de uno y otro lado se ven dilatados y hermosos olivares, ya en las laderas de los montes, ya en la profundidad del valle: cuando nos acercamos al convento, la cañada se presentaba muy estrecha, los montes muy elevados, y cubiertos de grandes árboles que formaban un oscuro é impenetrable bosque. Esta vista es encantadora; y la mañana que habíamos escogido para nuestro viaje, estaba deliciosa. ¡Cuántas veces pasaria por estos sitios, nos decíamos Avelar y yo, el patriarca de los pobres, llevando en el alma sublimes pensamientos de divino amor! Estos sitios que por sí mismos convidan á alabar á Dios, mil y mil veces escucharían las humildes y fervientes plegarias del Serafin de Asís. Y en pos de él, han venido sus hijos á continuar las alabanzas y repetir las oraciones de su Padre: paréceme escuchar el eco de sus cantos; y un júbilo sagrado se apodera de mi alma; y aunque villano y pecador, háceme pensar en Dios.

Pero hé aquí que hemos llegado al monasterio: se siente nuestra llegada y sale á recibirnos un buen hombre, que nos deja para ir á avisar á uno de los padres, que viene en seguida y nos saluda con afabilidad y cortecía. Este padre nos enseña la capillita del convento, donde entónces estaba el Santísimo: esta capillita tendrá de 6 á 8 varas de larga. Allí está el coro y una alacena donde se guarda una piedra que servia de almohada á San Francisco.

Dentro del convento que es muy estrecho, está la celda que habitaba el Santo, y una gran losa donde dormia. Á pocos pasos de la celda está un agujero profundísimo, donde el mismo Santo arrojó al demonio que lo andaba molestando: vi tambien un árbol muy viejo, que tiene las raíces sobre las peñas, y que aún conserva su verdor y lozanía; á este árbol llamado Elue, venia un pajarito con quien el Serafin de Asís se ponía á competir, para ver quien alababa más al Señor. Cantaba San Francisco, y el pajarito guardaba silencio; callaba el Santo y el pajarito cantaba; éste salia triunfante y San Francisco lo despachaba dándole su bendicion.

Hácia el fondo de la cañada y en uno y otro lado del arroyo, pero á gran distancia del suelo, están las grutas donde han pasado su vida muchos de los hijos de San Francisco. Este mismo y San Antonio de Padua, estuviéron en ellas. Vi dos que me dejaron admirado, la del Beato Antonio de Estronconio, que es un estrecho cañon, de cosa de ocho varas de longitud; cosa de tres varas de alto y vara y media ó ménos de ancho; está abierto por sus dos extremos. La del Beato Rufino es una grieta, abierta en el tepetate; no cabe uno sino de rodillas ó medio postrado. Por el estilo están las demas.

En tiempo de las grandes avenidas, el torrente que se descolgaba por aquellos barrancos, causaba un ruido insoportable, y distraía á San Francisco cuando estaba en oracion; pero el Santo le mandó que callara, y

desde entónces las aguas se deslizan y caen de la altura silenciosamente.

*
* *

Gratisimas fueron las impresiones que experimenté aquella inolvidable mañana: á cada paso creía que salian á mi encuentro los solitarios, que el amor de Dios habia encerrado allí: al pasar por sus grutas, ó bien me parecia escuchar sus plegarias, ó el ruido de la disciplina con que humillaban su carne. Y en torno de mí reinaba un profundo silencio; aquellas grutas estaban desiertas; no se movian las hojas de los árboles, ni cantaban los pájaros como en otro tiempo; pero mi corazón suspiraba poseido de santa tristeza al recordar, ó más bien, teniendo á la vista, por decirlo así, los ejemplos de tantas virtudes que en aquellos sitios dejaron mis hermanos; y pensando que me hallaba léjos muy léjos de imitarlos. Ellos retirados del bullicio del mundo, sólo pensaban en salvarse; las afecciones de la tierra, si algunas llevaron á esos desiertos, cada dia se iban debilitando más y más, y la memoria del siglo se desvanecia como un sueño al despertar. El gran pensamiento de Dios, y las delicias de su santo amor; hé aquí la ocupacion de esas almas dichosas. ¡Cuán

distinta es la vida de los santos de la que llevan los mundanos! Y es aquella cien veces más dichosa que ésta. Ved si no, cómo la de estos, llena está de inquietudes y amarguras; sus breves placeres se pagan muy caro; y son incontables las penas que la vuelven tristísima y penosa: y esto aún sin poner los ojos más allá de la tumba. Ved en seguida lo que pasa en los santos: Dios abre en sus almas un manantial de dulzura, en cuyas ondas quedan sepultados todos los sinsabores y penalidades de la vida: sufren tienen mil privaciones, tal vez la calumnia los persigue, ó la enfermedad los postra en el lecho del dolor, y su camino está sembrado de abrojos y espinas; ¡quién lo niega? Pero su conformidad aligera el sufrimiento; su mortificacion se goza en aquellas prisiones; la calumnia aviva en ellos el amor á sus enemigos, la enfermedad aumenta y perfecciona su paciencia, y los abrojos y espinas les parecen flores, al darles tanta semejanza con Jesus, que sufrió por nosotros desde Belen hasta el Calvario. Los padecimientos y las cruces de todo género, son para ellos las más tiernas y amadas caricias que de su Dios reciben. Ellos, superiores al mundo, ni lo temen ni de él esperan nada; lo compadecen, y cada dia conocen más bien, su vanidad y miseria, y cuán dichosos son al no pertenecer; sino solamente á Dios.

*
* *

Al día siguiente visité la iglesia de Ribotorto y la de Porciúncula: en la primera, compuso San Francisco su regla. Hay en esa iglesia tres ó cuatro piezas, medio hundidas, muy estrechas y oscuras; al rededor se levanta la iglesia, pequeña; pero alegre y hermosa.

La de Porciúncula está encerrada en una magnífica Basílica, reedificada por orden de Gregorio XVI. La Basílica es espaciosa, muy aseada, y tiene muy buenas pinturas. Mas la Porciúncula es muy pequeña y oscura; pero muy devota: tiene un buen cuadro de Nuestra Señora de los Ángeles: al entrar en su recinto el alma experimenta los más dulces sentimientos de piedad cristiana. Allí fué donde el Señor concedió á San Francisco, por intercesion de María, la indulgencia de porciúncula: y donde el Santo, tantas ocasiones oró al Señor y obtuvo del cielo, innumerables gracias: noches enteras pasaba en esta iglesia, el humilde Patriarca, y queria que todos la tuviesen en suma reverencia.

En seguida un religioso me enseñó el pequeño convento donde vi la zarza sobre la cual se arrojó San Francisco para vencer una terrible tentacion con que el demonio le importunaba. La zarza está verde y lozana, pero sin espinas. En este convento está la celda donde murió el Santo, convertida hoy capilla: sobre el altar está la imágen de San Francisco; y fué sacada de la mascarilla que se puso sobre el rostro del Santo ya difunto; es de tierra cocida, y al decir de todos es el retrato que más se le parece: por mi parte, diré que nunca habia visto una efigie de este santo, que llama-

rá más mi atencion: el rostro expresa un sentimiento de indefinible ternura, y de una profunda humildad; su amor lo hacia lanzarse al seno de Dios, y su humildad lo detenia; por una parte tiene miedo de acercarse á Dios, y por otra su amor comprimido le causa un acervo martirio; pero el amor, al fin, rompe sus prisiones, triunfa al escuchar el divino llamamiento, y el alma al escaparse deja pintadas en aquel semblante, la paz, la humildad y el purísimo amor de un serafin, que acababa de hundirse en el seno del Señor.

*
*
*

Ya que estamos en Nuestra Señora de los Ángeles, os contaré la historia de la indulgencia de Porciúncula: Era una noche de estio de 1216. Francisco estaba de rodillas en su celda, y con un crucifijo en las manos oraba con fervor. En el momento que este serafin de la tierra, confundiendo sus adoraciones con las de los ángeles, imploraba la clemencia del Señor para los pobres pecadores, escuchó como una voz celestial que le decia: Francisco, á la capilla, á la capilla. Y al punto se levanta y vuela á Nuestra Señora de los Ángeles, donde el más admirable espec-

táculo sorprende sus miradas. Sobre el altar y encima del tabernáculo y en el seno de una claridad sobrehumana, estaba el Verbo hecho carne, el dominador de los dominadores, resplandeciente de gloria, y deslumbrando con una belleza soberana y perfecta; porque en este mundo decaído donde los rayos de lo bello están esparcidos, muy empañados y quebrados por el pecado, ¿cómo formar una imagen, aunque sea imperfecta del que es la belleza infinita? Tan sólo diremos que el rostro de Jesús tenía la frescura de una inmortal juventud, unida á la imponente nobleza de la edad madura; que su mirada de suavidad infinita, cual inflamado y penetrante dardo, traspasaba el alma de Francisco; y que sus labios parecían entreabrirse y pronunciar una palabra de perdon. Á la derecha de Jesús estaba su gloriosa Madre; y una falange de purísimos ángeles, humilde y respetuosa, los rodeaban. La inefable claridad que había en el santuario no hería los ojos como la del sol; sino que era al mismo tiempo viva y apacible, como los rayos de naciente aurora; y la mirada de Francisco se bañaba deliciosamente en las grandes olas de esa luz divina.

En el transporte de su santo gozo, Francisco se prostra y adora con los ángeles, la Majestad de Dios. Francisco, le dice Jesús, conozco el celo con que tú y tus hijos, procuran la salud de las almas. Piden en recompensa, por ellas y en honor de mi nombre lo que te agrade para concederlo; porque Yo te he dado al mundo para luz de los pueblos y sosten de mi iglesia.

—Animado por tan gran bondad, Francisco le dirige esta confiada súplica: Oh Dios tres veces Santo; si yo he encontrado gracia en vuestros ojos, yo que no soy sino ceniza y polvo y el más miserable de los pecadores, os suplico con todo el respeto de que soy capaz, que os digneis conceder á vuestros fieles, ésta insigne gracia, que todos los que, confesados y contritos, visiten esta iglesia, reciban indulgencia plenaria y perdon de todos sus pecados.—Y volviéndose á María, continuó diciendo: Yo ruego á la Bienaventurada Virgen, vuestra Madre, abogada del género humano, que patrocine mi causa delante de Vos.

¡Oh escena admirable, que la lengua humana no puede describir, ni llegará á delinear el pincel del artista! María intercede, y Jesús que nada puede rehusar á su Madre, le da una mirada de suavísimo amor, que Ella pasa en seguida á Francisco. Francisco, le dice Jesús, lo que pides es grande; mas tú alcanzarás todavía más grandes favores. Yo te concedo la indulgencia que me pides, siendo ratificada y confirmada por mi Vicario á quien he dado absoluto poder de atar y desatar sobre la tierra.—Á éstas palabras la vision desaparece; y Jesús y su gloriosa Madre, y el coro de los ángeles entran en el santuario inaccesible donde reside la Augusta Trinidad.

Al despuntar el día siguiente Francisco parte á Perugia con el hermano Maseo: allí estaba Honorio III; y llegando á su presencia, le dice Francisco: Santísimo Padre: yo he reparado hace algunos años, una pequeña iglesia

de vuestros dominios, dedicada á la Madre de Dios; y yo suplico á Vuestra Santidad que se digne enriquecerla con una preciosa indulgencia, sin obligacion de limosna.—Consiento en ello, respondió el Soberano Pontífice; mas dime, cuántos años quieres que dure la indulgencia que me pides.—Santo Padre, yo no os pido años, sino almas.—¿Quiéres almas? ¿y de qué manera?—Yo deseo, si agrada á Vuestra Santidad, que todos los que entren en la Iglesia de Nuestra Señora de los Ángeles, arrepenidos y absueltos, obtengan la entera remision de sus pecados en este mundo y en el otro.—Francisco, lo que me pides es grande y sin ejemplo en la Côte Romana.—Así es, en efecto, Santísimo Padre; mas yo no lo pido en mi nombre, sino en el nombre de Jesucristo que me ha enviado.—El Soberano Pontífice al oír estas palabras dijo por tres veces: En el nombre del Señor te concedemos esta indulgencia.—Algunos cardenales que estaban presentes, dijeron al Papa que semejante favor perjudicaria á las indulgencias de Jerusalem y Roma. Honorio contestó: No podemos revocar lo que hemos concedido libremente; determinaremos tan sólo el tiempo que haya de durar la indulgencia.—Y volviéndose á Francisco le dijo: Queremos que ésta indulgencia subsista para siempre; pero que dure cada año un día natural, desde las primeras vísperas hasta las vísperas del día siguiente. Francisco dió las gracias al Papa, se inclinó profundamente y se retiró. El Papa entonces le llama, y sonriendo le dice: Hombre sencillo ¿á dónde vas, y qué testimonio llevas contigo

de esta indulgencia?—Vuestra palabra me basta, Santo Padre; que Jesucristo sea el notario, la Santísima Virgen la escritura y los ángeles testigos. Yo no pido otro testimonio; y á Dios le queda el probar que esta obra viene de su Majestad. Despues de tan sencilla respuesta, salió Francisco de Perusa con la bendicion del Papa y se encaminó á Nuestra Señora de los Ángeles.

Á la mitad del camino entró en un hospital de leprosos para descansar y tuvo una vision que refirió á Maseo diciéndole: Regocijémonos, hermano mio, porque yo te lo afirmo; la indulgencia que el Soberano Pontífice me ha otorgado, ha sido ratificada en el cielo.

El día del gran perdon aún no se habia fijado, y el siervo de Dios lleno de confianza esperaba y rogaba; su confianza no quedó burlada. Seis ó siete meses despues de la primera aparicion, en una fria noche de invierno de Enero de 1217, Francisco oraba en una pequeña celda que estaba á la espalda de la Iglesia de Nuestra Señora de los Ángeles, y azotaba con rigor su inocente carne. El demonio entonces, trasfigurado en ángel de luz, se le aparece y le dice: ¿Por qué causa consumes tu juventud con vigiliass ayunos y oraciones? ¿ignoras, por ventura, que el sueño es el gran reparador del cuerpo? creeme, conserva tu vida para que sirvas á Dios más largo tiempo. Francisco descubriendo la astucia de Satanás, sale de su celda, se quita el hábito, y llevado de su ardiente sed de inmolation, índice de la victoria, se arroja á la nieve, y se echa encima de una zarza lle-

na de espinas, diciendo á su cuerpo que destilaba sangre: Más vale sufrir estos dolores con Jesucristo, que dejarse prender con las pérfidas caricias de la serpiente. Apénas se habia levantado de la zarza, cuando toda la naturaleza se habia transformado en torno de él; una luz muy brillante le rodea, las espinas enrojecidas con su sangre, se cubren al instante de encarnadas y blancas rosas; los ángeles del cielo cubren sus espaldas destrozadas con una túnica más blanca que la nieve; y óyese una voz suavísima y llena de armonía: Francisco camina luégo á la iglesia; que el Salvador del mundo y su gloriosa Madre allí te esperan. Francisco toma veinticuatro de aquellas rosas, doce blancas y otras tantas encarnadas, y vá á la iglesia por un camino que le parece estar cubierto con un tapiz de seda.

*
*
*

Jesús estaba en el templo como la primera vez, sobre un trono de luz; la Reina del cielo á su derecha, y millares de ángeles de uno y otro lado. Francisco adoró al Señor, puso las rosas sobre el altar y las ofreció por mano de María. Francisco, le dice el Hijo de Dios, ¿por qué no pagas á mi Madre el homenaje que

le has prometido? Francisco comprendió que se trataba de las almas que debía santificar la indulgencia de porciúncula, y le respondió con acento de filial confianza: Oh Dios tres veces Santo y Soberano Maestro del cielo y la tierra, en vuestra infinita misericordia y por el amor de vuestra amorosa Madre, dignaos de terminar el día de la indulgencia plenaria con que habeis enriquecido éste lugar.—Yo quiero que el perdón se habra, dijo el Señor, desde las vísperas del día en que Yo rompí las cadenas de Pedro, príncipe de los apóstoles, y que no se cierre hasta el crepúsculo del día siguiente.—Mas, Señor, ¿de qué manera los hombres darán fe á mis palabras?—Nada temas; anda de nuevo con mi Vicario para que publique esta indulgencia: lo demás lo hará mi gracia.—Los coros de los ángeles entonaron el Te Deum, en acción de gracias y la vision desapareció.

Al día siguiente Francisco partió para Roma con tres hermanos que habian presenciado el prodigio, Pedro de Catania, Bernardo de Quintaval y Ángel de Rieti. Llevaba consigo seis de las rosas que habia producido la zarza, tres blancas y tres encarnadas, en honor de la Santísima Trinidad. Habiendo llegado á la presencia del Papa, le contó sencillamente su maravillosa vision, y le presentó las rosas como un testimonio irrecusable de su veracidad. Honorio al ver las flores tan bellas, tan frescas y olorosas, en lo más rigoroso del invierno, y admirando la santidad de Francisco, acogió favorablemente su petición, y señaló para la indulgen-

cia, el dos de Agosto, mandando á los Obispos de Asís de Perusa, de Tovi, de Fulgino, de Noserá, de Espoleto y de Guvio, que la promulgasen solemnemente el día de San Pedro Ad vincula y consagrasen la capilla de Nuestra Señora de los Ángeles. El día señalado, los siete obispos y San Francisco, subieron á un tablado que se había dispuesto junto á la puerta de la Iglesia: una multitud inmensa, ansiosa y recogida se agrupaba en torno de ellos. El Santo despues de haber referido el origen y excelencia del favor que había recibido, extendió un pergamino y leyó estas palabras: Yo os quiero hacer entrar en el Paraíso. Os anuncio una indulgencia plenaria que he alcansado de la bondad de Dios, y de boca del Sumo Pontífice. Todos los que visiteis esta Iglesia contritos, confesados y absueltos por un sacerdote, recibiréis entera remision de la pena debida á vuestros pecados; y sucederá lo mismo todos los años perpétuamente, respecto de aquellos que visiten este lugar teniendo las mismas disposiciones. Yo quise que esto durara por ocho días; pero no lo pude obtener. Los obispos al escuchar que el Santo había anunciado una indulgencia perpétua, determinaron reducirla al espacio de diez años. Guido fué el primero que tomó la palabra, y no pudo dejar de decir que la indulgencia duraría perpétuamente. Lo mismo sucedió á los otros seis Prelados que hablaron en seguida, reconociendo en esto la misericordiosa voluntad de Dios, que de esta manera procuraba la salud de las almas que había redimido

á costa de su sangre (1).

CAPITULO VIII.

Salida para Roma.—Alrededores de Asís.—Roma.—El Vaticano.

*
* *

Era el 29 de Setiembre, y Avelar y yo dejando la Patria de San Francisco, partimos, para Roma en el tren de las 11 de la mañana. Los alrededores de Asís son muy fértiles y hermosos; y así sigue el camino hasta llegar á la campiña romana, que es muy estéril; y desagradable. Llegamos á la Capital del mundo católico á las cinco de la tarde, sin que ninguna impresion notable viniera á disipar, la indiferencia que sin saber por qué causa, se había apoderado de nosotros. ¿Sería, acaso, porque la eterna ciudad, no estaba ya bajo el imperio de los Papas, ó porque su belleza material no es por cierto, la más encantadora? No lo sabemos; el hecho fué que entramos por las puertas de Roma, como todo profano; y siento, en verdad, decirlo, porque yo esperaba que mil hermosos recuerdos, agrupándose en mi mente, despertarian mi fe, haciéndome exhalar un suspiro en el cual la piedad, el dolor y la esperanza,

(1) Cherancé, vida de S. Francisco, C. IX.